

vez por sus tratos con los famosos y entendidos marinos del vecino puerto de Palos, poseía conocimientos acerca de la ciencia de la navegación, que no podían esperarse en un hombre del claustro, comprendió la importancia, la grandeza y tal vez la posibilidad de los vastos designios de Colon, y se ofreció á ser su amigo y su protector, y á introducirle y recomendarle en la corte de sus soberanos. La Religión comprendió al genio, dice elocuentemente uno de los biógrafos del ilustre genovés. El piloto Velasco y el médico García Fernandez de Palos contribuyeron mucho en las conferencias de la Rávida, con su práctica el uno, con su ciencia el otro, á confirmar al P. Marchena en la alta idea que formó de la persona y de la gigantesca concepción del huésped que parecía haberle deparado el cielo.

»Fr. Juan Perez habia sido confesor de la reina Isabel y conservaba relaciones de amistad con el que lo era entonces, Fr. Fernando de Talavera, prior del monasterio de Prado. Parecióle, pues, que á ninguno mejor podía encomendar el patrocinio del grandioso plan y del magnífico ofrecimiento que Colon iba á presentar á los reyes de España, y en el principio del año siguiente (1486) envió á Colon á Córdoba, donde se hallaba la corte, con cartas para el confesor Talavera. Pero este piadoso varon, instruido y docto en las ciencias eclesiásticas, carecia de los conocimientos, estraños en verdad á su profesion y carrera, que pudieran hacerle comprender la sublime teoría que se le recomendaba, y la miró como un sueño irrealizable. Siendo como era el confesor un hombre tan benéfico, ni siquiera le proporcionó una audiencia con la reina. Colon, extranjero, pobremente vestido y sin otra recomendación que la de un fraile franciscano, no era fácil que se hiciera escuchar de una corte, por otra parte embargada toda en las atenciones de una guerra viva con los moros. No es en medio del bullicio y de la movilidad donde se puede hacer comprender los pensamientos grandes y nuevos. Sin embargo, no desmayaron ni Colon ni su generoso protector el P. Marchena. Tuvieron paciencia y esperaron ocasión mas propicia. Logró al fin el infatigable guardian de la Rávida interesar al gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de

Mendoza, varon juicioso, ilustrado, benévolo y amable, el cual accedió á oír á Colon y escuchar sus razones. Asustó al principio al cardenal una teoría que le parecia envolver opiniones heterodoxas; pero la elocuencia de Colon, la fuerza de sus razones, la grandeza y utilidad del designio y la fervorosa religiosidad de que estaba animado el autor, vencieron las preocupaciones del prelado y Colon obtuvo por su mediación una audiencia con los reyes.

»Apareció el extranjero con modesta gravedad á la presencia de los soberanos de Castilla. «Pensando en lo que yo era, escribia él mismo despues, me confundia mi humildad; pero pensando en lo que llevaba, me sentia igual á las dos coronas.» Fernando, frio y cauteloso, pero nunca indiferente á las grandes ideas; Isabel, mas expansiva y mas entusiasta de los grandes pensamientos, ambos oyeron á Colon benévolamente; pero tratábase de un proyecto que requería conocimientos científicos y especiales, y quisieron someterle al exámen de una asamblea de hombres ilustrados, que determinaron se reuniese en Salamanca bajo la presidencia de Fr. Fernando de Talavera. Aunque para este consejo se nombraron profesores de geografía, de astronomía y de matemáticas, eran la mayor parte dignatarios de la Iglesia y doctos religiosos, que miraban con desconfianza y con incredulidad toda idea que no estuviese en consonancia con su limitado saber y rutinarias doctrinas, y era peligroso sostener teorías que pudieran parecer sospechosas á la recién establecida Inquisición. Así fué que en lugar de examinarse el proyecto de Colon científicamente en la junta del convento de San Esteban de Salamanca, apenas se hizo sino combatirle con textos de la Biblia; y con autoridades de Lactancio, de San Agustín y de otros Padres de la Iglesia, de las que deducían que la tierra era plana, que no era posible existiesen antipodas que anduvieran con los piés arriba y la cabeza hácia abajo, y con otros semejantes argumentos, calificando las proposiciones de Colon de insensatas, de poco ortodoxas y casi heréticas. Sin embargo, Colon combatió con dignidad, con elocuencia y con razones sólidas las preocupaciones del Consejo. Pero eran los albores de la luz luchando con una niebla densa y apoderada del horizonte, no solo de

España sino de todo el mundo; y el que hablaba era además un extranjero desconocido, y miráble como un aventurero miserable. Así á los ojos del vulgo pasaba por un fanático, un sonador ó un loco. No faltó á pesar de eso quien conociera el valor de sus elocuentes raciocinios, y se mostrara adicto á sus proyectos. Entre ellos merece citarse con honra el religioso dominico Fr. Diego de Deza, profesor de teología entonces y maestro del príncipe don Juan, inquisidor despues y arzobispo de Sevilla, que le daba habitacion y comida en el convento y fué mas adelante su especial protector para con los reyes (1). La apática junta no resolvió nada, y dejó transcurrir tiempo y años, como cosa que ni le importaba, ni en su entender habia de tener nunca resultados.

»En los años que en tal estado transcurrieron, Colon, extranjero y pobre, teniendo que atender á su subsistencia y á la de su hijo, se la procuraba «vendiendo libros de estampa, ó haciendo cartas de marear,» como dicen dos célebres escritores contemporáneos (2). Protegiéronle tambien algunos magnates, principalmente los poderosos duques de Medinasionia y Medinaceli, y consta que este último le mantuvo á sus espensas al menos por espacio de dos años. Los reyes no le abandonaban tampoco: librábanle de tiempo en tiempo cantidades para su manutención y particulares gastos, y solían expedir Reales cédulas para que en sus viajes se le hospedase gratuitamente y con decoro. Honráronle tambien en cuanto podían, y quisieron tenerle á su lado en los sitios de Málaga y de Granada. De modo que Colon solía seguir frecuentemente la corte, y puede decirse que obraba como quien estaba al servicio de los reyes de Castilla.

»Pero cansado al fin de tan penosa tardanza en resolver su proposición, instó á la corte para que se le diese una contestación definitiva (1491). Triste y apesadumbrado oyó entonces que la junta de Salamanca habia declarado su plan quimérico, irrealizable y apoyado en débiles fundamentos, y que el gobierno no debia prestarle su apoyo, si bien el cardenal

Mendoza y el maestro Deza, obispo ya de Palencia, templaron la fatal sentencia, asegurándole que si entonces los reyes se hallaban demasiado ocupados para adoptar su empresa, concluida que fuese la guerra tratarían con él y no dejarían de tomar en consideración sus ofrecimientos. Parecióle aquella respuesta á Colon, ó una evasiva, ó una réplica política, y mas desesperado que abatido, se disponía á abandonar á España para ir á presentar su proposición al rey Carlos VIII de Francia, de quien por aquel tiempo habia recibido una carta satisfactoria; y con esta intención se dirigió al convento de la Rávida á despedirse del guardian su amigo y á recoger á su hijo Diego que se habia quedado allí. Disgustado el P. Marchena con la contestación que su protegido le anunciaba, redobló su interés y su celo, suplicó á Colon que difiriese su partida, pidió una audiencia á la reina de quien habia sido confesor, y obtenida respuesta favorable, en el momento de recibirla, que era media noche, mandó ensillar su mula y se encaminó á Santa Fé, donde los soberanos se hallaban. Admitido á la presencia de Isabel, habló el elocuente religioso con tanta energía en favor del proyecto de Colon, que la reina, conmovida con sus razones y ardiente partidaria de las empresas heroicas, envió á llamar al marino genovés librando una buena suma para que pudiese presentarse con el conveniente equipo en la corte.

»Llegó Colon al real de Santa Fé en ocasión de presenciarse la rendición de Granada, y cuando los ánimos se hallaban rebotando de júbilo por la gloriosa terminación de aquella famosa guerra. En aquella feliz coyuntura presentóse el gran proyectista á los reyes, esforzó las razones y fundamentos de su plan, espuso la convicción que tenia de llegar á la India por el camino de Occidente, pintó con vivos colores la opulencia de los reinos de Cipango y de Cathay, segun los describían las magníficas relaciones de Marco Polo y otros viajeros y navegantes de la edad media, y representó cuánta gloria y cuán noble orgullo cabría á los monarcas á quienes se debiera la propagación de la fé católica entre los infieles de tan remotos climas y regiones. Lo primero era un gran aliciente para el rey Fernando: en cuanto á la piadosa Isabel, la sola esperanza

(1) Cartas de Colon á su hijo; Navarrete, viajes, t. 1.

(2) Bernaldez, *Reyes Católicos*, cap. 118; Fr. Bartolomé de las Casas, lib. 1, c. 30.

de ver difundida la luz del Evangelio por estas tierras le hubiera bastado, aunque otras ventajas no viese, para acoger con entusiasmo el pensamiento y la empresa de Colon. Inmediatamente pues nombró una comision, no ya para examinar el proyecto, sino para que ajustara con su autor las condiciones con que habia de ejecutarle. Colon tenia tal confianza en si mismo y en el éxito y magnitud de su empresa, que pidió para si y sus herederos el título y privilegio de gran almirante de los mares que iba á explorar, la autoridad de virrey en las islas y continentes que descubriese, el derecho de designar para el gobierno de cada provincia tres candidatos, entre los cuales elegiria el rey, y además la décima parte de las riquezas ó beneficios que se sacaran de la expedicion. Parecieron exorbitantes é inadmisibles estas condiciones, tacháronlas los cortesanos y magnates, y entre ellos el docto arzobispo Talavera, de exigencias ofensivas al trono é intolerables en un miserable y extraño aventurero. Propusieron modificaciones que Colon se negó á admitir con inflexible entereza. Rompiéronse pues las negociaciones, y Colon resolvió de nuevo alejarse de España, renunciando á sus esperanzas mas halagüeñas.

»A la noticia del alejamiento de Colon, conmoviéronse sus amigos, que los tenia ya muchos y muy buenos, contándose entre ellos Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, Luis de Santangel, secretario racional de la corona de Aragon, la marquesa de Moya doña Beatriz de Bobadilla, la íntima amiga de la reina Isabel, y otros de grande influjo en sus consejos. Presentáronse estos á la reina, y pintáronla con vivos colores la gloriosa empresa que iba á dejar escapar de las manos, y de que tal vez se aprovechara algun otro monarca, insistiendo mucho Luis de Santangel en recomendar las prendas que concurrían en Cristóbal Colon, y la ventaja de otorgar unos premios que cuando se dieran los tendria sobradamente merecidos. Isabel examinó de nuevo el proyecto, lo meditó, y se decidió á proteger la grandiosa empresa. Menos resuelto ó mas receloso Fernando, vacilaba en adoptarla en atencion á lo agotado que habian dejado el tesoro los gastos de la guerra. «Pues bien, dijo entonces la magnánima Isabel, no espon-gais el tesoro de vuestro reino de Aragon: yo

tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para ocurrir á sus gastos.» Magnánima resolucion, que decidió de la suerte de Castilla, que habia de engrandecer á España sobre todas las naciones y que habia de difundir el glorioso nombre de Isabel por todos los ámbitos del globo y por todas las edades.

»Un correo fué despachado á alcanzar á Colon, que iba ya á dos leguas de Granada, y conducirlo á Santa Fé, donde los reyes le manifestaron que aceptaban sus condiciones. En su virtud se concluyó en 17 de abril (1492) un tratado entre los reyes de España y Cristóbal Colon, bajo las condiciones siguientes: 1.^a Que Colon y sus herederos y sucesores gozarian para siempre el empleo de almirante en todas las tierras y continentes que pudiese descubrir ó adquirir en el Océano; 2.^a Que seria virrey y gobernador de todas aquellas tierras y continentes, con privilegio de proponer tres sugetos para el gobierno de cada provincia, uno de los cuales elegiria el soberano; 3.^a Que tendria derecho á reservar la décima parte de todas las riquezas ó artículos de comercio que se obtuviesen por cambio, compra ó conquista, dentro de su almirantazgo, deduciendo antes su coste; 4.^a Que él ó su lugarteniente serian los solos jueces de todas las causas y litigios que ocasionara el tráfico entre España y aquellos paises; 5.^a Que pudiera contribuir con la octava parte de los gastos para el armamento de los buques que hubieran de ir al descubrimiento, y recibir la octava parte de las utilidades (1).

»Hecho este con venio, la reina Isabel, con su maravillosa actividad, procedió á dar las órdenes necesarias para llevar á efecto la expedicion, que habia de salir del pequeño puerto de Palos, cuyos habitantes estaban obligados á mantener cada año dos carabeles para el servicio público. El tercero le proporcionó el almirante mismo con ayuda del guardian de la Rávida y de su amigo el rico comerciante y constructor de aquel puerto, Alonso Pinzon. A

(1) Además en 8 de mayo nombraron á su hijo Diego paje del principe don Juan, y le hicieron otras gracias y mercedes muy singulares, y le dieron muy señaladas pruebas de su aprecio antes de su salida.

esto se reducía la flota que habia de ir á través del grande Océano á descubrir nuevos mundos. Los mismos habitantes del pais tenían tan poca confianza en el éxito del viaje, que fué necesario dar seguro por cualesquiera crímenes á los que se resolviesen á embarcarse, hasta dos meses despues de su regreso (1). Merced á esta y otras concesiones, fueron venciendo su repugnancia los marineros andaluces, y aun asi tardó tres meses en estar dispuesta la flota. «Parecia, dice un elocuente escritor (Lamartine), que un genio fatal, obstinado en luchar contra el genio de la unidad de la tierra, queria separar para siempre esos dos mundos que el pensamiento de un solo hombre trataba de unir.»

«Por último, en la madrugada del 3 de agosto, despues de haber confesado y comulgado la pequeña escuadra armada, segun la piadosa costumbre de los viajeros españoles, se dió á la vela el intrépido almirante en el mayor de los tres buques, al cual se puso por nombre *Santa Maria*. La primera de las dos carabelas, llamada la *Pinta*, iba mandada por Alonso Pinzon, y la segunda, nombrada la *Niña*, por su hermano Francisco. Componíase la tripulacion de unas ciento veinte personas, contados noventa marineros, un médico, un cirujano, un escribano, y algunos sirvientes de varias clases. El coste de la flota habia ascendido á 20,000 pesos, y llevaba víveres para doce meses.»

Unos siete meses transcurrieron desde la salida de esta expedicion hasta su regreso, durante los cuales pasaron los reyes á Aragon, adquirieron los dos importantes condados de Rosellon y de la Cerdaña, se hizo la conquista de la Gran Canaria y de la Palma, se engrandeció el patrimonio Real incorporándose á la corona la ciudad y puerto de Cádiz por la desgraciada muerte del marqués de Cádiz, el campeón de la guerra granadina, y salvó casi milagrosamente su vida el rey, pues el 7 de diciembre, que era viernes, al salir de presidir el tribunal de Justicia en Barcelona fué acometido furiosamente por un asesino, que despues apareció estar demente, el cual saliendo de un rincon con una espada desnuda, le hirió en la parte posterior del cuello con tal fuerza, «que

si no se embarazara, dice el cronista aragonés Zurita, con los hombros de uno que estaba entre él y el rey, fuera maravilla que no le cortara la cabeza.» Por manera que parecia protegía el cielo á nuestros reyes de un modo especialísimo y distinguía á los dos esclarecidos monarcas de Castilla y Aragon con nuevas conquistas y adquisiciones. «Faltaba no obstante, dice el señor Lafuente (de quien tomamos esta reseña, pues ha resumido lo mas notable que sobre el particular se ha escrito), la mayor y mas gloriosa de todas, y esta se realizó tambien. Cristobal Colon les anunciaba su vuelta á España con la plausible noticia de haber descubierto tierras al otro lado del Océano occidental. El ilustre navegante habia visto coronada su empresa y venia á certificar á la Europa de que existia un mundo nuevo, y de que la incredulidad general quedaba desmentida. Los reyes aguardaban con ansia la llegada del audaz viajero, y deseaban con impaciente curiosidad oír de su boca las circunstancias de aquel acontecimiento extraordinario.

»Hacia la hora de medio dia del 15 de marzo de 1493, notábase una agitacion desusada en el pequeño puerto de Palos al avistar un buque que entraba por la barra de Saltes. Era uno de los que constituian la pequeña flota del almirante Colon que hacia siete meses habian visto partir con tanta desconfianza. Los parientes y amigos de los que con él se habian embarcado, y á quienes creian ya muertos y engullidos por las olas de desconocidos mares despues de un invierno tempestuoso, acudian á la playa con la natural zozobra y ansiedad de ver si los reconocian de nuevo. Imponderable fué la alegría de todos, espresada primero con los ojos y los semblantes, manifestada despues con mútuos y tiernos abrazos, cuando Colon saltó en tierra con sus compañeros. Todos miraban asombrados al almirante, y los raros objetos que consigo traía como muestras de las producciones y habitantes de los paises nuevamente descubiertos. Las campanas de la poblacion tocaban á vuelo, y el pueblo entero acompañó al ilustre viajero y sus marinos á la iglesia mayor, donde fueron á dar gracias á Dios por el éxito venturoso de su empresa. «Célebrense procesiones, habia escrito el afortunado navegante desde Lisboa, háganse fies-

(1) Real Cédula de 30 de abril.

tas solemnes, llénense los templos de ramas y flores, gócese Cristo en la tierra cual se regocija en los cielos, al ver la próxima salvación de tantos pueblos entregados hasta ahora á la perdición.» (1).

Poco permaneció el esclarecido viagero en Palos, porque los reyes deseaban verle, y él también quería tener pronto el orgullo y la satisfacción de ofrecer á las plantas de sus soberanos el fruto de su arriesgada empresa y los testimonios de verdad de sus cálculos, con las pruebas de la existencia de las regiones por él descubiertas. Cerca de un mes tardó en llegar á Barcelona, porque su marcha era á cada paso obstruida por la muchedumbre que se agolpaba á ver y admirar al insigne navegante y los objetos curiosos que consigo llevaba, llamando muy particularmente la atención los isleños semi-desnudos y engalanados á la manera rústica y salvaje del país, así como los cuadrúpedos traídos de allá y no conocidos en Europa. En las ciudades por donde pasaba se plagaban las calles y se coronaban las ventanas, los balcones y hasta las torres y tejados, de curiosos espectadores. Así llegó Colon á Barcelona en medio del general entusiasmo de las poblaciones. Esperábanle los reyes en su palacio, sentados bajo un soberbio dosel. Momento grande y solemne fué aquel en que un extranjero, desdeñado de propios y extraños, menospreciado por los poderosos, ridiculizado por los ignorantes, y protegido solo por la reina de Castilla, se presentaba á su augusta protectora á decirle: «Señora, mis esperanzas se han cumplido, mis planes se han realizado, yengo á mostrar mi gratitud á vuestra generosidad y á ofrecer al dominio de vuestro cetro y de vuestra corona regiones, tierras y habitantes hasta ahora desconocidos del mundo antiguo: á ofrecer una conquista que no ha costado hasta ahora á la humanidad ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágrima; á vuestras plantas presento los testimonios que acreditan el feliz resultado de mi expedición y el homenaje de mis mas profundos respetos á unos soberanos á quie-

(1) Carta de Colon á Rafael Sanchez, tesoroero de los reyes, desde Lisboa. Navarrete, primer viage de Colon.

nes tanta gloria en ello cabe.» «Fué aquel, en verdad, dice un escritor ilustrado, el momento de mayor satisfacción y orgullo de toda la vida de Colon: habia probado plenamente la certeza de su teoría por tanto tiempo combatida, contra todos los argumentos, sofismas, sarcasmos, incredulidad y desprecios, y la habia llevado á cabo, no por acaso, sino por razon, y venciendo con su prudencia y entereza los mas grandes obstáculos y contradicciones. Los honores que se le tributaron, reservados hasta entonces á la clase, á la fortuna ó á los triunfos militares comprados con la sangre y las lágrimas de millares de seres, fueron en este caso homenaje rendido al poder de la inteligencia empleada gloriosamente en favor de los mas altos intereses de la humanidad (1).»

Tuvieron los reyes especial complacencia en oír de boca de Colon la interesante relacion de su arriesgado viage y la descripción de las tierras que habia descubierto. Con aire satisfecho, mas sin ostentar orgullo, les referia el gran marino los peligros que habia corrido en su navegacion, no por lo que hubiera tenido que luchar con los elementos, sino por los riesgos en que mas de una vez le habian puesto la desconfianza, los celos y la impaciencia de sus mismos compañeros de expedición. En efecto, cuando aquellos hombres, despues de haber perdido de vista las Canarias, vieron que trascurrió mas de un mes, y que habiendo franqueado con rapidez distancias inmensas, no veían delante de sí sino un mar sin límites, comenzaron á desconfiar y á impacientarse, y cada dia que pasaba, crecían los celos y las murmuraciones hasta prorumpir en denuestos contra el orgulloso ó el insensato de quien se habian fiado, y que así los conducía á una muerte cierta, sin que sus familias á tan incalculable distancia pudieran saber siquiera el sitio en que habian perecido. No ignoraba Colon los rumores desfavorables de los marineros, y trabajaba cuanto podia por tranquilizarlos infundiéndoles nuevas esperanzas (2). Mas estas desaparecían

(1) Prescott, *Reyes católicos*, c. 48.

(2) Sabido es que entre otros ingeniosos medios que empleó Colon para atenuar la impaciencia y la desconfianza de sus compañeros de viage, fué uno el de sustraer todos los dias de su cálculo de leguas mari-

pronto, y ya los murmullos se convertían en amenazas, no faltando entre aquellos hombres turbulentos quien en su desesperacion concibiera y aun propusiera el proyecto de arrojar al agua al extranjero que así los habia comprometido, y así habia engañado á sus reyes, y en seguida tomar rumbo para España. Colon lo sabia todo; pero imperturbable y sereno, con fé en el corazón, con la vista fija en los astros ó en la brújula, y fingiendo ignorar lo que contra él se tramaba, todavia logró persuadirles á que por unos dias no desconfiaran de él, y con esto y con las señales que decia observar de no estar muy distante la tierra, y con la tranquilidad que procuraba mostrar en su rostro, iba entreteniéndolos y manteniéndolos la paz entre aquella gente bulliciosa y casi desesperada. Cuando calculaba hallarse á setecientas cincuenta leguas de Canarias, bandadas de aves, de las cuales algunas posaron sobre los mástiles de las carabelas, vinieron á anunciar que no podia estar lejos alguna isla ó continente donde ellas tuvieran alimento y reposo. Colon observó su vuelo y le siguió, á costa de variar un poco el rumbo que antes llevaba. Al cabo de algunos dias vióse revolotear en derredor de los buques nuevas aves de variados colores, notáronse á la superficie del agua yerbas verdes que parecia acabar de desprenderse de la tierra; pero se echaba la sonda y no se encontraba fondo, y al ponerse el sol no se divisaba sino un horizonte sin límites.

La desesperacion llegó ya á su colmo, veíanse síntomas de atentar á la vida de Colon y los oficiales de su mismo buque, y los mismos hermanos Pinzones se lo advirtieron, y el temor de alguna violencia les hizo aconsejarle que mandase virar para regresar á España. «Tres dias os pido no mas, dijo entonces el almirante con firmeza; y si al tercer dia no hemos descubierto la costa, os prometo solemnemente que volveremos, renunciando á todas mis esperanzas de gloria y de riquezas.» El tono firme con que pronunció estas palabras tranquilizó algun tanto á los revoltosos y les

movió á concederle tan corto plazo. No fué menester que se cumpliera entero. Parecia que el hombre tentaba á Dios, y Dios premió la fé del hombre, en vez de castigarla. Al segundo dia se vió flotar sobre las aguas alguna caña, una rama de árbol con fruta, un nido de pájaros suspendido en ella, y un baston labrado con instrumento cortante. La tristeza iba desapareciendo de los semblantes de los marineros. Soplaban una fuerte brisa que hacia avanzar grandemente las naves. Por la noche, colocado Colon de pie en la cubierta de su buque, queriendo penetrar con su vista la inmensidad del espacio, creyó ver brillar una luz en lontananza; su corazón latía con violencia; toda la tripulacion aguardaba con ansia ver apuntar el nuevo dia; el almirante mandó por precaucion amainar el velamen; aquella noche pareció á todos un siglo. Amaneció al fin, y al despuntar los primeros rayos de la aurora... un grito general de alegría resonó á un tiempo en los tres buques: «tierra, tierra (1)». Ofrecióse á los ojos de los navegantes, y á corta distancia, una costa cubierta de espeso verdor, poblada de árboles aromáticos cuyos perfumes les llevaba la brisa de la mañana. Colon mandó anclar y echar al mar las chalupas, que llenas de gente se acercaron á la costa al son de instrumentos de música y con todo el ruido y aparato de una conquista. Distinguiáanse ya en ella habitantes que con gestos y actitudes estrañas mostraban la sorpresa y admiracion de ver por primera vez lo que á ellos, segun despues significaron, se les antojaban monstruos salidos del seno del mar durante la noche. También á los españoles les causaba sorpresa la forma y el color de los rostros de aquellos seres humanos. Al paso que los unos se acercaban, los otros huían como espantados. Saltó pues á tierra Cristóbal Colon, vestido con rico manto de púrpura, como almirante del Océano, con la espada en una mano y la bandera de sus reyes en la otra,

(1) Un marinero (dice Oviedo) de los que iban en la capitana, natural de Lope, dijo *¡lumbre! ¡tierra!* E luego un criado de Colon, llamado Salcedo, replicó diciendo: «Eso ya lo ha dicho el almirante, mi señor.» y en continente Colon dijo: «Rato ha que yo lo he dicho y he visto aquella lumbre que está en tierra.» Gonzalo Fernandez de Oviedo, *Historia general y natural de Indias*, lib. 2, c. 5.